

Sexualidad, género y dominación simbólica. La doble moral y el sexo por amor

Verónica Vázquez García*

INTRODUCCIÓN

El estudio de la sexualidad en México es muy reciente (Villaseñor-Farías y Castañeda-Torres). Según Szasz, ha sido analizada desde dos enfoques: el primero, cuantitativo, describe prácticas de riesgo desde un punto de vista sociodemográfico y de salud pública. Además, proporciona datos poblacionales sobre la edad de inicio de relaciones coitales, frecuencia de éstas, número de parejas y uso de anticonceptivos y condones, entre otros. El segundo, cualitativo, analiza la sexualidad desde la subjetividad de los actores sociales, interesándose en las normas y valores que dan significado a determinadas prácticas, más que en las prácticas mismas (11). Los estudios que adoptan esta perspectiva describen el proceso de construcción histórica de la sexualidad en México y su influencia en prácticas sexuales contemporáneas. Resaltan, por ejemplo, las dificultades de las mujeres para expresarse sexualmente desde una visión erótica y no procreativa, así como las posibilidades sociales de los hombres para establecer relaciones paralelas con más de una mujer (Figueroa, Liguori, Amuchástegui, Fagetti, Rodríguez y De Keijzer). Estas diferencias de género se asocian, entre otras cosas, con la violencia, el ocultamiento de prácticas socialmente prohibidas y la falta de anticoncepción y prevención, desentrañando así relaciones de poder en el ejercicio de la sexualidad (Szasz página).

El presente artículo pretende contribuir a este esfuerzo de investigación, todavía incipiente en México, sobre la sexualidad desde un punto de vista cualitativo. Para tal fin se examinan las prácticas sexuales de dieciséis estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), tomando como eje de análisis dos discursos de la cultura patriarcal: la doble moral que divide a las mujeres en vírgenes y ramera y otorga mayor libertad sexual a los varones, y, el segundo, la asociación entre amor romántico y actividad sexual, que limita el ámbito de expresión de las mujeres al “sexo con amor”. Se analizan los distintos grados en que las mujeres asumen estos discursos, demostrando que constituyen una forma de violencia simbólica que reproduce la subordinación femenina, así como algunas prácticas de resistencia frente a ellos.

El artículo está dividido en cinco partes. En la primera se exponen los conceptos que constituyen el eje del análisis: sexualidad (como un sitio donde se reproduce el poder a través del discurso), doble moral y amor romántico, ejemplos concretos de prácticas discursivas que constituyen formas de violencia sim-

* Profesora-investigadora titular de Desarrollo Rural en el Colegio de Postgraduados Texcoco-México.

bólica. La segunda parte discute la estrategia metodológica proporcionando datos sobre las dieciséis estudiantes y la forma en que sus testimonios fueron trabajados. En la tercera sección se describe el lugar de estudio, la UACH, con el fin de explicar su papel en la construcción de un modelo de subordinación femenina. En la cuarta parte se propone una tipología de prácticas sexuales para que, en la quinta y última sección, se presenten las principales características de dichas prácticas y se indiquen nuevos caminos de investigación sobre el tema.

PROPUESTA CONCEPTUAL

SEXUALIDAD, CUERPO Y PODER

Según Michael Foucault (*Historia de la sexualidad. Tomos I y II*), la sexualidad constituye un conjunto de saberes constituidos desde el poder. A partir del siglo XVIII europeo, los discursos religiosos son parcialmente desplazados por la ciencia médica que clasifica y estigmatiza comportamientos sexuales, dando lugar a un determinado régimen de sexualidad. Desde finales del siglo XIX surge una nueva disciplina, la sexología, que contribuye en gran medida a regular la forma en que actualmente pensamos la sexualidad (Weeks página).

El régimen de sexualidad delimita las experiencias que determinado grupo de personas tienen o pueden tener con su cuerpo, concebido como un producto social mediante el cual los individuos se expresan y aprehenden el mundo (Fagetti página); y como el sitio donde se objetivizan los valores y normas referentes a la sexualidad (De Lauretis página). Como conjunto de saberes, el régimen de sexualidad constituye el cuerpo de las personas, adscribiéndolas a “grupos bio-psico-socio-culturales genéricos” y condiciones de vida predeterminadas que delimitan sus posibilidades y potencialidades vitales (Cazés página).

Las experiencias humanas con respecto a la sexualidad se construyen a través del lenguaje “articulador de la imagen del cuerpo”. Las formas de nombrarlo “reflejan uniformidades relacionadas con la organización social y los fenómenos simbólicos basados en convenciones sociales” (Rodríguez y De Keizer 39). Cada época produce un conjunto de narrativas que llegan a ser “la construcción dominante de significado que define a las subjetividades, las sexualidades y las identidades al interior de una cultura”. Al usar el lenguaje para comunicar sus experiencias, el individuo construye significados dentro de “narrativas dominantes” (Amuchástegui 144-146) que determinan lo que se puede ver y decir, produciendo y ejerciendo poder sobre el cuerpo. Pero, al mismo tiempo, el individuo puede posicionarse desde narrativas alternativas, resistiendo así al poder (Foucault *Historia...* página).

La Iglesia, el Estado y la ciencia occidental históricamente han jugado un papel fundamental en la construcción de narrativas dominantes sobre sexualidad. Pero existen otras fuerzas sociales que se han resistido a las prescripciones de los expertos, tanto tradicionales como modernos, por ejemplo, los movimientos feminista y gay. Éstos han cuestionado códigos e identidades sexuales asumidos como *naturales*, dando lugar a una polifonía de discursos. La narrativa sexual uniforme y especializada ha sido reemplazada por un sinnúmero de historias de mujeres, homosexuales y minorías raciales, mientras que las identidades sexuales fijas han sido superpuestas por una multiplicidad de identidades complejas y cambiantes, sin fundamento firme (Weeks página). En el caso mexicano, por ejemplo, existe una multiplicidad de actores que históricamente han construido distintas narrativas sobre sexualidad: la Iglesia católica y su discurso religioso, los conoci-

mientos científicos transmitidos a través del sistema de educación formal del Estado laico posrevolucionario, las políticas de salud y población promovidas por éste, los movimientos feminista, gay y de los grupos de derecha, y los medios de comunicación. Entre todos éstos, el discurso religioso “es todavía el modelo en contra del cual los demás compiten y colaboran”, el “más antiguo y poderoso, arraigado a través de los siglos, no solamente en las instituciones externas y sus agentes, sino también en la subjetividad de los individuos” (Amuchástegui 110).

GÉNERO, DOBLE MORAL Y AMOR ROMÁNTICO

Como ya se dijo, cada sociedad establece, a través de prácticas discursivas, los límites del comportamiento sexual. Un elemento que distingue las posibilidades y potencialidades de este comportamiento es el género, categoría de diferenciación social que otorga atributos distintos a lo femenino y a lo masculino. Las mujeres son definidas a partir de su habilidad biológica de ser madres y criar hijos e hijas y son *procreadoras* o *eróticas*, según el uso de su cuerpo. En el primer caso, su cuerpo es el “espacio para ser ocupado material y subjetivamente, para dar vida a los otros”, mientras que en el segundo, “es un cuerpo erótico para el placer de los otros, espacio y mecanismo para la obtención del placer por otro.” Es decir, la ideología patriarcal coloca a las mujeres en uno de dos extremos: vírgenes o ramerías (Lagarde 213). Para los hombres, por su parte, el sexo es un asunto de identidad: “la manera de probar nuestra masculinidad ... nuestras relaciones sexuales se vuelven el terreno en el cual nos probamos a nosotros mismos” (Seidler citado en Rostagnol 46-47). Los hombres deben tener iniciativa sexual, ser expertos en artes amorosas, contener expresiones de afecto y dar rienda a sus instintos (Tolalpa página). Desde esta perspectiva, son las mujeres las que tienen la responsabilidad de prevenir embarazos, puesto que los hombres, “cuando se excitan, no tienen control de sus cuerpos; ellas, en cambio, sí conocerían su cuerpo, sus periodos fértiles y, además, en su cuerpo anida el embarazo” (Olavarría 122). Los contenidos diferenciados de lo femenino y lo masculino dan lugar a la doble moral, que Fagetti define en los siguientes términos:

Mientras que [a las mujeres] se les exige la exclusividad sexual, la naturaleza versátil masculina, digamos así, le permite a los varones establecer, por ejemplo, dos relaciones de pareja paralelas, con la esposa y la querida, sin que esto le provoque mayor conflicto. El amor y la entrega de un hombre a una pareja, en este sentido, no son exclusivos, pueden ser repartidos y compartidos entre varias mujeres al mismo tiempo. (268)

El concepto de amor romántico también hace que mujeres y hombres vivan su sexualidad de una manera distinta. Las primeras “ponen y proyectan la mayoría de sus ansias, necesidades de amor y proyecto de vida feliz en ese vínculo elegido” (cita), mientras que los segundos pueden desear a mujeres que no necesariamente considerarían como parejas. “Por eso, para tener amor, muchas mujeres se pliegan al deseo del varón” (Altable 138-139). La afectividad es una forma de dominación masculina sobre las mujeres, que asegura su supuesta capacidad “para entregarse a las demás personas”, manteniéndolas fuera de otras esferas sociales (Sau citada en Barragán 32). Es una doble traición: por un lado, no se enseña a las mujeres a amarse a sí mismas; y, por otro, los hombres presentan una “mutilación afectiva”, por lo que se ven obligados a mantener sus sentimientos “en la clandestinidad.” Las mujeres se autoculpaabilizan y pierden la autoestima y los hombres sustituyen “la afectividad crea-

tiva ... por la agresividad y la violencia" (Barragán 32).

La aceptación de las mujeres de la doble moral y el amor romántico es una expresión de la violencia simbólica que constituye la forma de dominación más extrema y a la vez más sutil, porque se da con la colaboración *natural* de los dominados. La violencia simbólica se da cuando éstos "aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer ... como naturales" (Bourdieu 50). La violencia simbólica puede conducir a la autodenigración sistemática, porque no se dispone de instrumentos propios de autoconocimiento, sólo están disponibles aquellos que se comparten con el dominador. No se produce en "la lógica pura de las conciencias conecedoras, sino a través de esquemas de percepción, de apreciación y de acción" que constituyen hábitos y se apoyan en "disposiciones registradas, a la manera de unos resortes, en lo más profundo de los cuerpos" (Bourdieu 54). A lo largo del texto veremos cómo los discursos de la doble moral y el amor romántico constituyen marcos de expresión sexual asumidos y reproducidos por las mujeres.

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

A principios de 2004, el Departamento de Difusión Cultural de la UACH convocó a estudiantes y egresadas a un concurso de relatos autobiográficos. Se recibieron cincuenta y tres textos, treinta de los cuales fueron publicados en *Cuéntame tu historia, mujer* (Castillejos).¹

La problemática que describen dichos relatos es similar: violencia en el noviazgo, ejercicio de la sexualidad con sentimiento de culpa y sin protección, embarazos no deseados, ataques sexuales por desconocidos, hostigamiento sexual de profesores, compañeros y trabajadores; depresión e intentos de suicidio; anorexia y bulimia. Esto motivó mi interés por analizar los relatos desde la teoría de género. Para el presente artículo se seleccionaron dieciséis que contienen información explícita sobre prácticas sexuales y se procedió a realizar una tipología con ellos. La creación de la tipología se inspira en el trabajo de Carpenter, quien sostiene que aunque la experiencia de cada persona es única, hay algunos patrones que se repiten, e identificarlos contribuye a explicar las prácticas sexuales de una sociedad determinada. Un análisis de este tipo se centra en las particularidades de cada caso, pero no renuncia a la búsqueda de regularidades. No se pierde en lo anecdótico de cada testimonio, sino que busca identificar los patrones que caracterizan al conjunto de los actores (Glaser y Straus 281).

Hacer un análisis a partir de testimonios anónimos escritos a raíz de una convocatoria abierta plantea un importante reto metodológico, pues no tuve ningún control sobre el proceso de levantamiento de datos, como ocurre comúnmente cuando se diseña una investigación desde sus inicios. El material de análisis llegó a mis manos sin que pudiera decidir sobre su formato o temática, y consiste únicamente en lo que las chicas decidieron contar. En algunos casos desconozco datos básicos, como la edad en la que ocurrieron algunos sucesos. Pero, además, hay que recordar que en cualquier ejercicio testimonial hay un fuerte elemento de autorepresentación, caracterizado por la selección (intencionada o no) de eventos. En otras palabras, es probable que haya partes de la historia aún no proce-

1. La licenciada Castillejos amablemente nos facilitó 47 de los 53 testimonios en formato Word que codificamos y trabajamos con el programa de análisis cualitativo Atlas Ti. En el presente artículo se conservan los pseudónimos utilizados por las autoras de los relatos, salvo en dos casos donde no los había y yo se los di (Emily y Teresa).

sadas que las chicas omitieron. Puesto que sólo dispongo de relatos anónimos, no puedo confrontarlos con datos socioeconómicos que el investigador o la investigadora generalmente puede obtener cuando hace una entrevista cara a cara.

Sin embargo, algunas características de las autoras pueden ser deducidas a partir de sus relatos. La mayoría (todas, menos Miriam) están en los últimos años de la carrera o ya se graduaron. Es decir, tienen poco más de veinte años y miran de forma retrospectiva sus experiencias en la UACH. Algunas llegaron a la universidad a los catorce o quince años, a cursar la preparatoria, mientras que otras lo hicieron un poco mayores, a estudiar la carrera. A partir de la información disponible, y dado que la UACH se especializa en ciencias agropecuarias, se puede deducir que todas tienen un origen rural. Los relatos proporcionan, además, tres elementos que ayudan a comprender los eventos que describen con respecto al ejercicio de la sexualidad. El primero son sus antecedentes familiares, que nos permiten deducir diferencias de clase entre las chicas, así como distintas experiencias de género. Por ejemplo, algunas reportan carencias materiales en su infancia; unas vivieron discriminación de género o violencia sexual en el hogar paterno; otras, por el contrario, describen infancias más placenteras. Segundo, no todas tenían los mismos deseos de estudiar en la UACH. Algunas llegaron con poca convicción, por tratarse de su única alternativa (por motivos económicos), mientras que otras, por el contrario, tenían mayor interés en estudiar alguna de las carreras que ofrece la universidad. Un tercer elemento es su conocimiento previo de la UACH: algunas tenían parientes que habían estudiado ahí y recibieron consejos sobre cómo manejarse. Estos tres factores influyen en las prácticas sexuales de las autoras y se exponen, en la medida de lo posible, al inicio de cada grupo que conforma la tipología.

EL LUGAR DE ESTUDIO: LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA CHAPINGO

La creación de la UACH (antes Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria), en 1853, respondió a la necesidad de contar con técnicos agrícolas capaces de satisfacer las demandas de hacendados y latifundistas. Después de la Revolución mexicana, específicamente durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, para quien el reparto agrario y la atención a grupos campesinos eran asuntos prioritarios, se reorientó el plan de estudios y se acordó que para ingresar se debería ser “hijo de proletario, obrero o campesino, preferentemente procedentes de organizaciones campesinas” (Montaño 97). La vocación de servicio para con los sectores más desfavorecidos del país continúa hasta la fecha con la política de becas de la universidad. Una de sus características más importantes es que la mayoría del estudiantado goza de apoyo económico a través de dos tipos de becas: con la primera, algunos estudiantes viven en el internado de la universidad y reciben una cantidad en efectivo que les permite sostener gastos personales; el otro tipo de beca es para aquellos que viven fuera y reciben apoyo económico para sus gastos de manutención. Ambos tipos de estudiantes gozan de servicio de comedor en la escuela. Hay un grupo menor de estudiantes que por su estatus socioeconómico, relativamente más favorecido, no gozan de ningún tipo de beca (Chávez *et al.* página).

La UACH mantuvo sus puertas cerradas a las mujeres hasta finales de los años sesenta, a pesar de que desde los años cincuenta comenzaron a graduarse agrónomas de otras instituciones mexicanas (la Universidad Antonio Narro, el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar de Ciudad Juárez). A principios de

los años setenta se gradúan las primeras mujeres de la UACH y, a partir de los años ochenta, su población femenina aumenta y se asigna un edificio de los dormitorios para las mujeres (Galindo página). En la actualidad constituyen, aproximadamente, un tercio de la población estudiantil. En 2005, 34.4% de los estudiantes de nuevo ingreso fueron mujeres y 65.6% fueron hombres (Vázquez y Chávez página).

Estas dos características (la vocación de servicio y la masculinización del ambiente chapinguero) hacen de la UACH un lugar atractivo, pero difícil para las mujeres. Atractivo, porque, como ya se dijo arriba, para algunas la UACH constituye la única oportunidad educativa para seguir preparándose después de la secundaria. Y difícil porque, a pesar de su avance numérico, las carreras agronómicas siguen siendo concebidas como masculinas. En el imaginario chapinguero pervive la imagen del “hombre-western”, “hombre-campo”, “castigador, valiente, cumplidor, macho, bragao, enamoradizo y muy hombre”, que viste “camisa cuadriculada, botas estrepitosamente vaqueras, hebilla grande y cinturón ancho apretado...” (Díaz 32-34). Éste es el prototipo del hombre capaz de realizar las arduas tareas que el campo impone, prototipo en el que las mujeres no se acaban de insertar. Los relatos del libro editado por Castillejos describen incidentes de hostigamiento y ataques sexuales en el campus, que hacen que la inmensa mayoría de las chicas de primer ingreso cambien su forma de vestir para evitar “a los ansiosos machos”. Otras, advertidas por familiares y amigos de que “se cuiden”, porque “la novia del chapinguero no es la esposa del ingeniero”, se concentran en sus estudios y limitan su vida social, lo cual repercute en su calidad de vida y conduce a un severo aislamiento que puede traer consigo depresión e incluso intentos de suicidio. Las estudiantes se enfrentan a diversas formas de discriminación, basada en estereotipos de género. Una chica con buenas calificaciones asegura haber sido difamada: se decía que “era la consentida de los profesores, por mi cara bonita, por mi cuerpo o por ciertos favores que, según ellos, yo les hacía.” Otra que incursiona en política universitaria es atacada “con miles de comentarios, hasta protagonistas fuimos de panfletos, donde no dejaban de pregonar que éramos sólo unas caras bonitas.” En pocas palabras, las mujeres, además de estar alejadas de su medio, de carecer de redes sociales cercanas, y de ser minoría numérica, permanentemente tienen que demostrar su capacidad para estudiar y asumir papeles públicos, es decir, reafirmar su derecho a estar en la UACH.

LA TIPOLOGÍA

I. “SI ME QUIERES ENTRÉGATE A MÍ”: SEXO, SUMISIÓN, CULPA Y VIOLENCIA

Antecedentes

Este grupo está conformado por cinco chicas: Emily, Alcatraz, Teresa, Tonatzin y Fuscina. Las que proporcionan información sobre su infancia se describen como “una chava de pueblo” y provenientes de familias conservadoras (Emily). La principal distracción de Alcatraz “era el estudio de la Biblia y asistir a las reuniones de la iglesia”. La discriminación de género estuvo presente desde su infancia: su madre prefería a su hermano por ser varón y le imponía a Alcatraz severos castigos por no cumplir con los deberes de casa y escuela. Teresa, por su parte, sufrió abuso sexual de su tío, el cual “quiso violarla, desde entonces [Teresa] tiene tanto miedo que aún no ha logrado superar.” Tonatzin y Fuscina

no dan información sobre su pasado.

Otro rasgo que tienen en común es que no tenían la intención de estudiar en la UACH. Es la escasez de recursos económicos o de planes claros lo que las lleva a esta institución. Alcatraz comenta que su sueño era estudiar medicina, pero su familia no hubiera podido apoyarla con esa carrera: “Mi destino ya casi estaba escrito, sólo había una opción: Chapingo”. Tonatzin aspiraba a ser ingeniera mecánica pero “la realidad era que no iban a poder pagarme la universidad”, por lo que hizo su examen en la UACH. Emily llegó impulsada por su madre que “tuvo alguna vez la ilusión de estar dentro de esta comunidad”. Teresa no da información al respecto y sólo Fuscina muestra inclinaciones personales de estudiar en la UACH, aunque no señala qué carrera: “Chapingo, una muy prestigiada Universidad, pero para hombres, decía mi papá. ¿Ingeniero agrónomo? ¿Pero de qué vas a vivir?, decía mi mamá; pero como no he sido muy obediente que digamos, me fuí a Chapingo, algo lejos de casa, pero buena escuela”.

Como se verá más adelante, las chicas de otros grupos tienen ideas preconcebidas sobre la UACH y reciben consejos sobre cómo “cuidarse” en un ambiente altamente masculinizado. No es el caso de este grupo. Únicamente Tonatzin tiene un hermano que pasó por la UACH, pero su relato no especifica si le dio consejos. Los primeros meses se sienten solas y deprimidas. Comienzan noviazgos rápidamente, para sobrevivir el mundo que “sentía tan vacío” (Alcatraz), tener cariño que “impulse a vivir” (Tonatzin) o no sentirse “tan sola” (Emily). Teresa y Fuscina no indican haber sentido soledad o depresión, pero la primera se involucra con un chico que “no le gustaba ni lo quería”; y la segunda, con uno por el cual “sentía algo muy bonito... tanto, que no vi ciertas actitudes que él tenía hacia mí, que me hubiera servido mucho identificarlas antes”.

Experiencias sexuales

Común en este grupo es que las mujeres interpreten el inicio de la vida sexual como un “acto de entrega” a raíz de que su novio les pide una “prueba de amor.” Todas, salvo Fuscina, usan el término “entrega” para referirse a su primer acto coital:

Como muchos hombres lo hacen, él no perdía oportunidad para pedirme una prueba de amor, yo no quería, pero tenía miedo de perderlo, siempre había encontrado la forma de evadirlo, hasta aquel día 8 de septiembre, sí, el día de mi cumpleaños, me entregué a él, entre sentimientos de miedo y desorientación pasé aquella noche con él. (Alcatraz)

En abril de 2003 quedé embarazada... sabía que en parte esto había sido mi culpa, por haberme entregado así como así a mi novio, necesitaba amor, cariño, comprensión y creo que no lo supe buscar; pero dicen que la soledad te encamina en los brazos de la lujuria y tal vez esto es cierto. (Emily)

Cuando llegaba a verla le decía sin pensarlo “si me quieres, entrégate a mí”, a ella le parecía muy estúpido que le dijera eso. Pero lo quería, sin embargo nunca intentaron hablar sobre este problema con racionalidad, eran discusiones que no tenían fin, la amenazaba con que “voy a buscar en otra mujer lo que tú no me das”... Después de ser novios casi medio año decidió entregarse a él y es que no fue nada fácil y nada agradable para ella y lo que le dolió más, la avergonzó y la enojó fue que él le preguntara: ¿Eres virgen? ¿Es tu primera vez? ¿Con nadie más lo habías hecho? (Teresa)

Y sin pasar mucho tiempo me entregué a él y todo cambió en mi vida... porque no pasó mucho tiempo cuando me enteré de que estaba embarazada, lo que hice lo

hice por amor, porque realmente estoy enamorada de él, pero las cosas no tenían que ser así, no debían de ser así. (Tonatzin)

Hasta que después de tanta insistencia, cariño hacia él (creo que amor no era) y el temor a que se enojara conmigo y me dejara acepté su propuesta, pero como inexpertos que éramos (porque aunque él hablara mucho de sexo, en la práctica no sabía mucho que digamos) no utilizamos protección y quedamos embarazados, digo embarazados porque fue cosa de dos. (Fuscina)

Un elemento presente en los testimonios es el sentimiento de culpa y el uso de términos religiosos para autocastigarse por haberse *entregado*: Emily ve en el sexo un acto de *lujuria* y en el testimonio de Teresa se percibe la importancia de la virginidad, cuando su novio le pregunta si había tenido relaciones sexuales con otros hombres. Pareciera que, si no hubiera sido virgen, entonces la prueba de amor no hubiera tenido validez. Únicamente Fuscina se destaca por no hablar de entrega, sino de “haber aceptado la propuesta” de su novio. Al describir su embarazo, Fuscina usa el plural, no el singular: “quedamos embarazados”, porque es “cosa de dos”. También es la única que describe a su novio como carente de experiencia sexual, lo cual, según ella, explica no haber usado protección para evitar un embarazo. Es de preguntarse si la falta de experiencia sexual y el no utilizar métodos anticonceptivos son en realidad la misma cosa. Muchos dirían que no. En todo caso, al representar de esta forma a su novio, Fuscina lo acerca más a ella, lo baja del pedestal desde el cual el resto de los novios descritos aquí exigen favores sexuales a sus parejas.

Todas las chicas comparten sucesos de violencia. La insistencia de los hombres para que “se entreguen” es lo que Velázquez llama “sexo bajo presión” (página), practicado cuando éstas sienten miedo de decir “no”. El señalamiento de Teresa sobre la imposibilidad de hablar sobre el tema “con racionalidad” es muestra de ello. El que su novio la amenace con “buscar en otra mujer lo que ella no le da” es una forma de violencia verbal que conlleva a la violencia sexual, donde las relaciones se tienen bajo presión y amenaza. Asimismo, el hecho de que cuatro (Alcatraz, Emily, Tonatzin y Fuscina) de las cinco chicas se hayan embarazado muestra que sus novios no tomaron ninguna precaución anticonceptiva. Teresa menciona un atraso menstrual que, aunque no haya resultado en embarazo, también demuestra que no hubo precaución para evitarlo. El que los hombres no tomen los cuidados necesarios es otra forma de agresión que causa graves heridas psicológicas e incluso puede poner en riesgo la vida de las mujeres (Claramount página).

La “entrega” hace que las mujeres pierdan valor ante los ojos de los hombres y puede llevar a otras formas de violencia. Juan se sintió con “todo el derecho” sobre Alcatraz, empezó a “ser celoso” y a “gritarle por cualquier cosa”, “casi todo lo que hacía le parecía mal y de todo yo tenía la culpa.” Alcatraz relata una ocasión en la que Juan la “cacheteó,” la “insultó muy feo” y la “pateó.” Ella pensaba que “el primer hombre en tu vida debía ser el único, creí que seguir aguantándolo redimía mi pecado, o pagaba el costo de entregarme a él”. Teresa también recibió “cachetadas” de su novio y lo perdonó, “exponiéndose a que la siguiera golpeando.”

Emily y Tonatzin sufren violencia psicológica durante su embarazo, la cual, según diversos estudios, puede formar parte de un patrón anterior o presentarse por primera vez debido al uso inconsistente de anticonceptivos y el consecuente embarazo no deseado (Gazmararian *et al.*, Campbell *et al.*, Mac-

Mahon *et al*, Godwin *et al*.). Dice Emily que su novio le “prohibió tener alguna amistad con cualquier alumno”. El de Tonatzin sólo la visitaba “por las noches pero en el día prefería no encontrarme y ponía el pretexto de que tenía mucha tarea”. Alcatraz y Fuscina abortaron bajo presión de sus parejas, quienes les dijeron que “no se haría cargo del niño” (Alcatraz) y que tenía “una novia en su pueblo y que se iba a casar con ella cuando egresara de la Universidad” (Fuscina). Alcatraz piensa que el aborto es “un pecado mortal” y se define a sí misma como “una asesina”. Fuscina se siente “muy mal” consigo misma, “no sé cómo pude aceptar tomar eso sin saber los efectos que traería a mi cuerpo... es algo muy duro de recordar”.

II. “PENSÉ QUE ERAS UNA CHICA MÁS LIBERAL”:

EL SEXO CONSENTIDO Y LA TRAMPA DE LA DOBLE MORAL

Antecedentes

En esta tipología hay cuatro mujeres: Doroty, Abril, la Joven Madre e Hildebranda (cuyo caso será tratado aparte). Las chicas también describen a sus familias como conservadoras. Dice Doroty que sólo le permitían salir “cuando era necesario [que] hiciera alguna labor, para ir a la escuela, en la puerta de la cual y hasta el primer año de prepa me acompañaban”. El lugar de origen de Abril es un “pueblo de quietud, costumbres muy arraigadas,” donde la gente “no se preocupa por el porvenir de sus vidas, se quedan estancados”. La Joven Madre dice provenir “de una familia disfuncional, donde cada integrante formó su propia personalidad muy diferente por como supo responder a situaciones que tuvimos que enfrentar”. Su padre es “una pieza faltante que ha sido y seguirá siendo sólo un largo silencio”, mientras que con su madre “era muy difícil la comunicación... en particular para expresar lo que sentíamos emocionalmente”.

Las chicas de este grupo tenían mucha mayor claridad que las del anterior en lo que se refiere a sus deseos de estudiar en la UACH: Doroty la eligió desde que terminó la secundaria, pero sus padres no le permitieron irse, por lo que cursó el primer año de la preparatoria en su pueblo. No le gustó y presentó el examen para ingresar a Chapingo. “Unos días después y muy a pesar de mis padres me encontraba haciendo maletas para venirme.” Abril tampoco se detiene en sus deseos de estudiar, a pesar de haber escuchado que en la UACH “exigen mucho.” Se describe a sí misma como “la primera mujer transgresora” de una familia “donde ha existido muy marcadamente el machismo”. La Joven Madre presentó su examen y “cuando supe que había pasado el examen de admisión de Chapingo sabía que no podía dejar una oportunidad así”, porque su alternativa en casa hubiera sido estudiar “alguna carrera para ser profesora de primaria”.

La llegada a la UACH también representó grandes cambios para estas mujeres, pero éstos no necesariamente se tradujeron en soledad y depresión. Una gran diferencia es que se enfocaron con mayor facilidad en sus estudios. Tuvieron mayores herramientas para lidiar con los efectos de encontrarse en un ambiente altamente masculinizado. Tienen palabras para nombrarlo y estrategias para enfrentarlo. Doroty decidió “no hacer caso a las miradas que parecen desnudarte, a chicos con más de cinco o seis años que tú tratando de cortejarte” y dejó “de usar vestido o falda” para “usar pantalón”. Abril cataloga a algunos hombres como “cínicos”, porque “con hablarte y saludarte tienen el derecho de acostarse a la primera oportunidad”. La Joven Madre tuvo una serie de relaciones de pareja y en todas ellas se sintió utilizada, como ve-

remos más adelante.

Una gran diferencia con el grupo anterior es que tuvieron más relaciones de amistad y noviazgo con el sexo opuesto. Doroty dice haber conocido “desde el chico que apenas si te ha visto una vez y ya quiere acostarse contigo, hasta el respetuoso que no se atrevería a tocarte sino hasta después del matrimonio”, y haber tenido “muchos amigos, algunos novios”. Abril comenta que “me han gustado muchos chicos” y la Joven Madre describe cinco relaciones de pareja. Lo que tienen en común es el sentimiento de haber sido utilizadas por el deseo masculino y la intención (frustrada) de tener sexo dentro del marco de una relación sentimental.

Experiencias sexuales

Doroty describe dos relaciones de noviazgo. En la primera el chico “siempre estaba tratando de tocarme y al final hasta me pedía que me vistiera más ajustada”. Ella se resiste, comentando que “definitivamente nuestra sociedad patriarcal hace creer a los hombres que nosotras las mujeres somos un objeto, el cual como tal puede tener propietario”. Lo dejó porque él empezó a andar con otra chica (que resultó embarazada) al mismo tiempo que con ella. Una vez terminada la relación, no volvió con el muchacho a pesar de que éste la buscaba.

Abril reconoce sus necesidades afectivas y físicas argumentando que “soy joven que necesita un cariño de vez en cuando, al ser joven con deseos sexuales que es lo normal”. Sin embargo, nos dice, “eso no implica lanzarme por uno de ellos”. Es decir, no quiere ser catalogada como ramera, dentro del marco de la doble moral descrita arriba. Sin embargo y a pesar de sus precauciones, acaba siendo víctima de ella. Cuenta la relación con un hombre que la atrajo “desde que nos vimos”. Tuvieron relaciones sexuales “con mucha responsabilidad tanto de no quedar embarazada como de no contraer una enfermedad de transmisión sexual”. Enterarse de que “él tenía otro compromiso (esposa e hijo) fue fatal porque... estaba enamorada”. El muchacho le dijo que él quería “sólo... tener sexo, sin otro compromiso” y que pensaba que ella era “una chica más liberal”. Abril no cuenta el final de esta historia ni califica las palabras de su ex-pareja. Nos quedamos con la idea de que la relación terminó porque al escribir su relato está “carente de una relación formal” y resalta, de nuevo, que, aunque los hombres “son agradables”, “no está buscando uno”. Como otras jóvenes de su edad —por ejemplo las de la ciudad de México y Bogotá, Colombia— (Rodríguez, Pacheco-Sánchez *et al.*), Abril se protege de la doble moral negando su propio deseo. Al defender el valor como mujer que este marco le arrebató, ella misma se cierra la posibilidad de tener o incluso desear un encuentro sexual. Para Pacheco-Sánchez, la situación que vive Abril representa un verdadero “desencuentro” en el cual las mujeres se ven imposibilitadas de disfrutar de una “sexualidad libre, sin riesgos, consensuada con su pareja” y los hombres mantienen relaciones paralelas sin lazos afectivos (49).

La Joven Madre relata más experiencias que sus compañeras. Tuvo una primera relación con un chico que “seguido andaba borracho, le daba por pelear conmigo por cualquier cosa, llegó a jalomearme y a gritarme, me amenazaba”. A su segundo novio “sólo le interesaba una cosa de mí, quería que tuviéramos relaciones sexuales, yo no me sentía lista... se dio por vencido y me terminó”; ella quedó “sorprendida... hubiera querido algo lindo de esa relación”. Su tercera experiencia fue con un chico que intentó besarla a la fuerza, ante lo cual ella lo golpeó y le dijo “que me dejara o gritaría, y que se largara, le dije muchas grose-

rías y se fue”. El cuarto muchacho “le encantó” y ella accedió a tener relaciones sexuales con él, pero poco después se enteró de que lo habían dado de baja definitiva y “ni siquiera se despidió”, “entendí que sólo me había utilizado, me prometí no volver a caer en ese error”. Su quinta relación fue con un muchacho que le pareció “diferente a los demás”, aunque luego resultó no serlo tanto, puesto que al tener relaciones sexuales la hacía “sentir mal” porque “le habían enseñado... que el hombre llega hasta donde la mujer quiere” y si tenían relaciones sexuales “solamente era mi culpa”. Ella se “preocupaba por traer condones y en una ocasión intenté tomar pastillas... pero no soporté las náuseas que provocan”. Sus cuidados no fueron suficientes, la Joven Madre se embarazó y tuvo un hijo.

La forma en que estas chicas viven su sexualidad varía con respecto al grupo anterior. Las tres tienen mayor control sobre su cuerpo en lo que se refiere a prevenir embarazos no deseados, incluso la Joven Madre que, a pesar de su embarazo, menciona haber utilizado anticonceptivos. Sus parejas, sin embargo, no están en la misma sintonía. El primer novio de Doroty embarazó a su otra novia; la Joven Madre terminó embarazándose porque toda la responsabilidad de evitarlo recaía sobre ella; la pareja de Abril se cuidó porque era casado. Los jóvenes de este grupo comparten con el anterior y muchos otros —por ejemplo, los de la ciudad de México; Montevideo, Uruguay y Bogotá, Colombia— (Stern *et al.*, Rostagnol, Pacheco-Sánchez *et al.*) el no responsabilizarse de su actividad sexual debido al modelo de masculinidad ya descrito.

Las chicas de este grupo también muestran mayores evidencias de tener relaciones sexuales con hombres que les gustan, además, el sentido de culpa por haberlo hecho no es tan evidente en ellas, sin embargo, no llegan a liberarse de la doble moral en la que son constantemente colocadas. Aunque demuestran a través de sus acciones que pueden dejar a hombres que las violentan, estar sin pareja e iniciar nuevas relaciones, rara vez expresan su propio deseo. Cuando lo hacen, son castigadas, de nuevo, por la persistente doble moral. Éste es el caso de Abril, que decide tener relaciones con un hombre que “le atrae”, el cual, sin embargo, termina colocándola en el papel de la ramera ante su esposa. La Joven Madre decide al fin tener relaciones sexuales con un hombre que “le encanta”, pero al saber que se va de Chapingo sin despedirse se siente utilizada. Las mujeres de este grupo difieren con las del anterior en el hecho de que expresan su sexualidad de manera más abierta. Sin embargo, dicha expresión es constantemente castigada y puesta en su lugar. En pocas palabras, estas tres mujeres están atrapadas en la doble moral, a pesar de que dan algunos pasos para salir de ella, pero al final no acaban por lograrlo.

“SÉ FUERTE, SACA LA CASTA”: EL CASO DE HILDEBRANDA

Antecedentes

Hildebranda comparte algunos puntos con las tres chicas mencionadas con anterioridad, pero tiene también importantes diferencias, por lo que merece un tratamiento especial. Ella es del norte del país, aparentemente de Coahuila. Tenía mucho “deseo por seguir y terminar una carrera”. Se sentía comprometida con su padre, “que me había dado todo lo que podía con su trabajo”, con el cual tenía una “relación de complicidad para irnos al campo a trabajar, conocer lugares y aventurarnos en el mar, los ríos y la cacería. Era divertido ir en las noches tropezando con todo para seguir adelante”.

El sueño de Hildebranda era estudiar biología marina, pero “no tenía di-

nero” y “no quería empezar y dejar por no tener sostén económico”. Se decide por la UACH, porque “Chapingo era la eminencia donde cualquier ingeniero agrónomo hubiera querido estudiar”. Hildebranda se va al campus de Bermejillo, Durango. El suyo es el único testimonio que cuenta experiencias fuera de la sede ubicada en Texcoco. Pero el ambiente de Bermejillo no parece muy distinto al de la sede:

No había pasado una semana y una de ellas [sus compañeras] ya andaba con uno de séptimo y a la otra, la más bailadora y alegre ya le estaban echando el ojo otros de quinto. Una noche que ya era tarde y ella no subía fuimos las tres por ella y la sacamos del cuarto donde estaba con los chavos, y de ahí me llamó “mami”, no se enojó ni nada, creo que a todos les parece muy divertido pero las relaciones con este gran cambio eran de un giro vertiginoso y actuábamos sin saber bien para dónde. (Hildebranda)

Experiencias sexuales

Hildebranda inició su vida sexual con un novio de su pueblo, lo cual la hace única entre las dieciséis chicas estudiadas. En la UACH, “después de tres o cuatro pretendientes” comenzó una relación con un chico que “era de su agrado”. Por un tiempo tuvo relaciones con dos muchachos (el novio de su pueblo y el de la universidad) y se embarazó; quiso abortar y, a diferencia de Alcatraz y Fuscina, ella misma consiguió con qué y lo hizo en soledad:

Decidí irme a comprar unas pastillas a Torreón y ponerle fin a la situación ... Me gasté todo el dinero que mi tío me había enviado para que me comprara algo de ropa y así al día siguiente me tomé las pastillas... el día de la toma de pastillas tenía miedo pero evité en todo lo que pude demostrarlo y así duré dos días media atarantada pero me repuse (Hildebranda).

Poco después, cuando las relaciones con estos dos hombres ya habían terminado, Hildebranda empezó una tercera: eran “sólo dizque amigos y sexo con alcohol” aunque para ella él comenzó a ser “importante”. El muchacho empezó una relación con otra mujer que “era bonita”, aunque “de lo más tonta y aburrida”, sólo para demostrarle a sus amigos que “podía con ella”, lo cual hizo que la autoestima de Hildebranda cayera “a lo que nunca había bajado”. Su cuarta relación es con un muchacho que “me ayudó a sentir que valgo como mujer y que puedo lograr que alguien me quiera bien”, pero después de un año, éste le dijo que “no sabía lo que sentía, que los dos teníamos el carácter fuerte y que así no podía ser”. Como el anterior, comenzó una relación con otra mujer a pesar de que Hildebranda “le rogó que no lo hiciera, que yo lo amaba, pero me dijo ‘ya no me digas más de nosotros, sé fuerte, saca la casta’”. Entre estas dos relaciones, Hildebranda fue violada por un “amigo de parranda”, en estado de ebriedad: “Me quedé inconsciente y en la mañana estaba llorando y reaccioné y la sorpresa fue que este tipo me cambió a su cama y estaba teniendo relaciones conmigo.” Hildebranda sintió mucho odio: “deseaba matarlo, no sé, darle veneno, quemar su cuarto, pagar porque lo violaran, pasaban muchas cosas por mi mente.”

Como Doroty, Abril y la Joven Madre, Hildebranda hace elecciones de pareja. Logra separar su actividad sexual de sus relaciones afectivas, pero al hacerlo es devaluada por sus parejas, que la dejan por mujeres más tradicionales. En los esquemas de los hombres con los que se relaciona, Hildebranda es siempre la ramera. Sus relaciones sexuales se asocian al consumo de alcohol, lo cual seguramente la deprecia aún más ante los ojos masculinos. Hildebranda es la

mujer más castigada de este grupo: un amigo la viola y los hombres que ella quiere la cambian por otras por tener el “carácter fuerte”, es decir, por ser expresiva y no callada, por ser ramera y no virgen. En la lógica de la doble moral, Hildebranda está claramente del lado de las mujeres poco respetables y, a pesar de la determinación que ella demuestra en varios momentos de su vida, no tiene las herramientas necesarias para evitar el gran sufrimiento que le causa ser víctima de la doble moral del patriarcado.

III. “LA MAGIA DEL PRIMER DÍA”: SEXO POR AMOR

Antecedentes

En este último grupo entran dos mujeres: Miriam y Luna Llena. Miriam tiene buenos recuerdos de su “gran familia” e infancia: “el fresco aroma del campo, el verde paisaje y el cantar de las aves hicieron de mi infancia la más bella y maravillosa historia que se pueda imaginar”. Luna Llena da poca información al respecto, salvo el hecho de que al ir a dejar a la UACH sus padres “estaban llenos de orgullo, pero no podían ocultar la enorme preocupación y miedo de dejar a su flor silvestre fuera del campo”. Tampoco nos informan en detalle por qué estudiaron en la UACH, pero la forma en que relatan su llegada a la institución nos permite deducir que estaban contentas de hacerlo: “mi mente perturbada me transportó a aquellos días de ingenuas ilusiones que experimenté al ingresar a la universidad”, dice Luna Llena. Miriam llegó con su padre, “hombre que da todo sin pedir nada, gentil, modesto”. Relata su entrada a la universidad: “comenzamos a avanzar por la calzada, observé a mi papá, iba a mi lado derecho, y mi imaginación comenzó a divagar por los cielos, arrastrado por el aire cálido que surge del roce de los fresnos que adornan la calzada. Una imagen inolvidable para mí...”.

Como las chicas del grupo anterior, Miriam y Luna Llena también tienen palabras para nombrar el ambiente masculinizado de la UACH, pero su tono es más irónico que confrontativo. Dice Luna Llena que “por arte de magia empezaron a aproximarse ardientes chapingueros de grados superiores tratando de conquistarme, no había día que no llegara alguien (en el comedor, en la calzada, en la biblioteca, en toda la universidad) a presentarse y a ofrecerme su amistad incondicional”. Sin embargo, “el bombardeo de pretendientes en lugar de elevar mi ego, me aturdió y causó en mí un efecto de temor a los galanes chapingueros”. Luna llena pide “asesoría técnica” a su hermana y su tía, que iban adelantadas, y encontró la solución: “cambiar mi vestimenta ... me compré pantalones de mezclilla, blusas de manga larga y una chamarra para proteger mis partes deseables, así evitaría a los ansiosos machos”. Miriam no comenta nada al respecto.

Experiencias sexuales

Miriam y Luna Llena tienen diversas experiencias de pareja, algunas muy similares a las del grupo anterior. Pero, a diferencia de ellas, ambas tienen intensas experiencias afectivas que justifican el sexo, motivo por el cual no se sienten utilizadas. Como las jóvenes de los otros estudios ya citados (Rodríguez, Pacheco-Sánchez *et al.*), se permiten el sexo únicamente cuando hay afecto. Miriam conoció a un muchacho “que lo único que quería era saciar sus deseos carnales, esos que creen que para eso sirve una mujer”, pero “logró zafarse”. Después conoció otro del cual se enamoró. En este caso el sexo sí se justificó y, como las chicas de la provincia de Chubut, Argentina, que sólo se permiten el sexo cuan-

do “estás enamorada”, y entonces no se llama sexo, sino “hacer el amor” (Jones 23), el lenguaje de Miriam cambia y se vuelve romántico: “una noche que caprichosa como siempre fui a su cuarto... La noche fue larga pero no lo suficiente para conocer cada uno de nuestros... más íntimos secretos”. Sin embargo, nos dice, “dimos un paso apresurado y traería consecuencias [un embarazo]”. Al momento de escribir su relato, Miriam esperaba tranquila un bebé. Es la única que habla de su embarazo en estos términos, lo cual se justifica, de nuevo, por ser producto del amor: “lo disfruto a cada momento, aquí y ahora, en esta gran escuela ... donde ahora tengo todo.”

La historia de Luna Llena es similar, con algunas diferencias. Su primera relación es con Emmanuel, un chico por quien “no sentía nada, absolutamente nada”, con el cual termina porque “faltaba lo imprescindible: ese sentimiento tan cálido que te recorre el cuerpo y te hace sentir tan liviana como la brisa, que te llena de ilusión y energía, y ese sentimiento es el amor”. Tiempo después se encontró con un “rocker” que se le declaró “con un lindo beso... y yo le contesté con un nervioso beso y no nos dimos cuenta que estaba lloviendo y caminamos tomados de la mano con nuestra juventud enardecida”. Luna Llena tuvo relaciones sexuales con él, que, como Miriam, describe románticamente. Parecían “dos animales salvajes, manteniendo esa hermosa atmósfera a través del tiempo llena de delicadeza, rudeza y dulzura, unos días llenos de voluptuosidad y otros de austeridad, pero la magia del primer día aún sigue, haciendo de nuestro amor una eterna primavera”.

Luna Llena ejerció su libertad para elegir pareja y defendió su decisión, ya que al comenzar una relación con un “rocker” la acusaron de “ser una cualquiera”. Como sus compañeras del grupo anterior, fue víctima de la doble moral chapinguera, de la cual, sin embargo, Luna Llena responsabiliza directamente a las mujeres:

mis compañeras... todo el tiempo se quejan, diciendo cosas como: —Mi novio no me quiere—, —Por qué las mujeres somos las que siempre perdemos—, —Me choca exponer en clase, tengo que hablar enfrente de todos—, —No te portes así, pareces piruja—, —Las niñas buenas no se juntan con los hombres—. Y con este pensamiento queremos “igualdad” y mejores oportunidades. La vida de las chapingueras no es fácil, pero ¿será porque nosotras mismas nos la hacemos difícil? (Luna Llena)

Luna Llena fue candidata a un puesto de representación en la universidad, encabezando una plantilla conformada por “puros hombres”. Muchos la felicitaron porque “eran pocas las ocasiones en que una mujer se animara a lanzarse como líder y encabezar a una bola de cabrones”. Pero en lugar de hablar de las dificultades para hacerlo, precisamente, por ser mujer, remarca “la apatía de las féminas [que] es una constante ante esta situación”. De nuevo, culpa a las mujeres de los límites que el patriarcado les impone en su accionar cotidiano.

El relato de Luna Llena termina con la descripción de un lamentable suceso donde una de sus amigas casi muere en manos de su novio. Su visión sobre los hechos es un ejemplo más de su incapacidad para percibir la misoginia en el mundo que se mueve y en su propio discurso. El ataque en contra de su amiga sucede nada menos que en el cuarto de su propio novio:

Llegó el novio bien cruzado y la sexy boom le reclamó por el estado tan deprimente en el que se encontraba el tipo, él reaccionó violentamente y empezó a golpearla con lo que pudo hasta dejarla inconsciente, después la tapó con una cobija, la dejó encerrada en el cuarto y se fue... La sexy boom estaba llena de sangre y pare-

cía muerta, la llevaron al hospital y se restableció. Sus amigas le ayudaron a recoger sus cosas y los muchachos por más que buscaron al tipo ése nunca lo encontraron y hasta la fecha nadie sabe de él. (Luna Llena)

Luna Llena no percibe la violencia de género presente en estos hechos: es algo que no la toca. Paradójicamente, al reafirmar su derecho a la expresión sexual, a tomar sus propias decisiones con respecto a su elección de pareja y a participar en la vida política de la universidad, se distancia del resto de las mujeres. En un mundo masculino, la única forma en que Luna Llena logra convertirse en persona y hacerse notar es, precisamente, masculinizándose y negando su condición de mujer. Luna Llena considera al feminismo una perspectiva *radical* incapaz de proponer cambios positivos. Las mujeres, nos dice, “tenemos la capacidad de generar nuevas formas de construir el universo, no desde la perspectiva feminista y radical, sino, desde una visión dual que complemente al ser humano como especie”. A pesar de su capacidad para transgredir normas sociales, Luna Llena no puede percibir el carácter sistémico de la inequidad de género. Se coloca al lado de los vencedores, culpando a las mujeres de su propia opresión y mostrándose incapaz de ofrecer explicaciones para la dominación de género desde más abajo, donde están sus compañeras de escuela.

CONCLUSIONES

El presente trabajo se propuso, mediante una metodología cualitativa, reconstruir el significado de las prácticas sexuales de dieciséis estudiantes de la UACH. La investigación cualitativa tiene entre sus objetivos principales la intención de interpretar el comportamiento humano. En este caso, la revisión del material me llevó a hacer una tipología con base en dos ejes articulados desde la teoría de género: la doble moral y el amor romántico. Ambos limitan la expresión sexual de las mujeres al papel de mujer virgen y respetable, por un lado, y al sexo con amor, por el otro. Como productos del patriarcado, ambos elementos imponen severos límites a la libertad de pensamiento y acción de las mujeres. En esta última sección resumimos los hallazgos más importantes del artículo y reflexionamos sobre sus implicaciones tanto en términos teórico-metodológicos como de política pública.

Las mujeres cuyas historias integran los tres grupos están en un gradiente de menor a mayor protagonismo en la expresión de su sexualidad. Sus historias reflejan distintos niveles de cooperación con el patriarcado al asumir en distinta medida sus valores y normas. Las cinco chicas del primer grupo se encuentran en el extremo de la pasividad sexual: “se entregan” sin desearlo y algunas sin estar “enamoradas”, que es la condición de la mayoría para tener sexo; cuatro de cinco se embarazan, es decir, no tienen herramientas para negociar el control de su fertilidad; y todas son víctimas de alguna forma de violencia. Entre sus antecedentes está el haber vivido discriminación de género o incluso violencia sexual en el hogar paterno. Esto contribuye a que en su vida adulta asuman a la violencia como una forma “natural” de relacionarse. Dadas sus creencias religiosas, también vivieron el ejercicio de la sexualidad con sentimiento de culpa y la pérdida de la virginidad como una merma de su valor. Las que abortaron lo hicieron bajo presión de sus novios más que por decisión propia, sintiéndose mal consigo mismas. Estas cinco mujeres son, sin lugar a dudas, ejemplos claros de cómo la violencia simbólica constituye una forma de dominación: a falta de herramientas alternativas para explicar sus propias ex-

perencias, las mujeres asumen los valores y normas del patriarcado, naturalizándolos y reproduciéndolos a través de la lectura que hacen de ellas.

Las chicas del segundo grupo expresan su sexualidad en forma más abierta. Comparten con las del grupo anterior el haber vivido discriminación de género en el hogar, pero, a diferencia de aquellas, tienen herramientas para nombrarla (“machismo”), así como deseos de superar las limitaciones de clase y género que impone su lugar de origen (“ser profesora de primaria”). Podría decirse que colaboran en menor medida con el patriarcado, sufren en menor grado la dominación de la violencia simbólica, pero los costos que pagan por ello son altos y, entre más se rebelan contra los imperativos de la doble moral y el sexo con amor, el precio es aún mayor. Una de ellas, Hildebranda, es permanentemente castigada por ejercer su sexualidad y, al culparse y denigrarse por ello (“puedo lograr que alguien me quiera bien”), reproduce, una vez más, su condición de dominada y los valores y normas del patriarcado. Un tema pendiente por seguir analizando aquí es el de la resistencia, es decir, las formas en que las mujeres se rebelan, su proceso de toma de decisiones en función de los costos que pagan por rebelarse y las direcciones por las que comienzan a resignificar su sexualidad más allá de las limitaciones actualmente impuestas por la doble moral del patriarcado.

Por último, las dos mujeres del tercer grupo se encuentran dentro de un marco de expresión sexual mayor. En sus antecedentes familiares no hay evidencias de discriminación de género, sino más bien recuerdos placenteros de infancia. Sin embargo, la expresión sexual que describen en sus relatos es posible sólo porque se asumen como “enamoradas.” Es decir, el único vehículo legítimo que las mujeres tienen para practicar el sexo es el amor. Es de resaltar que sólo dos de dieciséis chicas hablen en forma positiva (aunque no necesariamente placentera) del ejercicio de su sexualidad y es de lamentar, asimismo, que sólo lo puedan hacer en nombre del amor. Una de ellas no ve negativamente un embarazo no planeado, siempre en nombre del amor, y la otra adopta un discurso misógino, que es el precio que hay que pagar para expresarse libremente en un ambiente altamente masculinizado. En este sentido, estas chicas también colaboran con los valores y normas del patriarcado, ya que su discurso reproduce la idea de que la actividad sexual femenina sólo es posible cuando hay amor. Este discurso es una expresión más de la violencia simbólica, y, en la medida en que contribuye a naturalizarla, no es muy distinto de aquel que defiende la importancia de la virginidad o concibe el sexo bajo presión como una forma normal de ejercer la sexualidad. Queda mucho más por analizar, sobre la forma en que las mujeres asumen sus proyectos amorosos y la relación de éstos con su identidad, autonomía y desarrollo personal. Puesto que el amor constituye una parte fundamental de la vida de las mujeres y una forma más de violencia simbólica, es indispensable ponerlo bajo mayor escrutinio, siempre desde la teoría de género.

Predomina en el discurso de las chicas la actividad sexual sólo en términos coitales. No sólo hay escasas referencias a otro tipo de prácticas (sexo oral, preferencias sexuales distintas), sino que incluso el coito mismo se representa como desprovisto de placer, ya no digamos de un sentido de autonomía. Como otros estudios sobre sexualidad juvenil en México han demostrado (Rodríguez y De Keijzer, Amuchástegui), la información sobre métodos anticonceptivos no es suficiente para asegurar prácticas sexuales placenteras y seguras. Es necesario seguir desentrañando los factores de género y poder que intervienen en el ejercicio de la sexualidad, como hemos intentado hacerlo aquí. Sólo así será posi-

ble formular políticas públicas que garanticen el ejercicio libre y responsable de la sexualidad de los y las mexicanas.

B I B L I O G R A F Í A

- AMUCHÁSTEGUI, Ana. *Virginidad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados*. México: Edamex y Population Council, 2001.
- ATABLE VICARIO, Charo. *Modelos amorosos que matan*. 2001. <<http://www.sexandalus.org/home/index.php?id=1499>>. 27 de julio de 2007.
- BARRAGÁN MEDERO, Fernando. "Educación, adolescencia y violencia de género. Les amours finissent un jour". *Otras miradas* 6.1 (2006): 31-53.
- BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- CAMPBELL, J., L. Puch, D. Campbell y M. Visscher. "The Influence of Abuse on Pregnancy Intention". *Women's Health Issues* 5.4 (1995): 214-223.
- CARPENTER, Laura. *Virginity Lost. An Intimate Portrait of First Sexual Experiences*. Nueva York: New York University Press, 2005.
- CASTILLEJOS PERAL, Silvia. *Cuéntame tu historia, mujer*. México: Universidad Autónoma Chapingo, 2005.
- CAZÉS, Daniel. *La perspectiva de género. Guía para diseñar, poner en marcha, dar seguimiento y evaluar proyectos de investigación y acciones públicas y civiles*. México: Conapo, 1998.
- CHÁVEZ ARELLANO, María Eugenia, Verónica Vázquez García y Aurelia de la Rosa Regalado. "El chisme y las representaciones sociales de género y sexualidad en estudiantes adolescentes". *Perfiles Educativos* 29.115 (2007): 21-48.
- CLARAMOUNT, M. C. *Abuso sexual en mujeres adolescentes*. Organización Panamericana de la Salud, Programa Mujer, Salud y Desarrollo. 2002. <<http://www.paho.org/English/AD/GE/gph7english.pdf>>. 23 de julio de 2007.
- DE LAURETIS, Teresa. "Feminist Studies/Critical Studies. Issues, Terms and Contexts". *Feminist Studies/Critical Studies*. Teresa De Lauretis (coord.). Estados Unidos: Indiana University Press, 1986. 1-19.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Salvador. "Los chapingueros se pintan solos. Del macho con matona al macho con botas... norteñas en el mundo Malboro". *Tzapinco* 155 (1997): 32-34.
- FAGETTI SPEDICATO, Antonella. "Mujeres anómalas. Los constreñimientos del cuerpo femenino. Cuerpo, sexualidad y ciclo vital de las mujeres en un pueblo campesino". (Tesis doctoral inédita). México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2001.
- FIGUEROA, Juan Guillermo. "El enfoque de género y la representación de la sexualidad". *Serie cuadernos de investigación en planificación familiar* 1. México: Secretaría de Salud, 1993. 1-37.
- FOUCAULT, Michael. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores, 1981.
- FOUCAULT, Michael. *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI Editores, 1988.
- GALINDO AGUILAR, Rosa. "La educación agronómica desde un enfoque de género". (Tesis inédita de Licenciatura en Sociología). México: UNAM, 1999. 82.
- GAZMARARIAN, J. A. M. Adams, L. Saltzman, C. Johnson, C. Bruce, J. Marks y C. Zahniser. "The Relationship Between Pregnancy Intendedness and Physical Violence in Mothers of Newborns. The PRAMS Working Group". *Obstet. Gynecology* 85.6 (1995): 1031-1038.
- GLASER, Barney y Anselm Strauss. *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Quali-*

- tative Research. Nueva York: Aldine de Gruyter, 1967.
- GOODWIN, M., J. Gazmaranian, C. Johnson, B. Gilbert y L. Saltzman. The PRAMS Working Group. "Pregnancy Intendedness and Physical Abuse around the Time of Pregnancy: Findings from the Pregnancy Risk Assessment Monitoring System, 1996-1997". *Maternal Child Health Journal* vol. 4.2 (2000): 85-92.
- JONES, Daniel. "¿De qué hablan los y las adolescentes cuando hablan de sexualidad?". *III Jornada de Jóvenes Investigadores*. Argentina: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2005. 23.
- LAGARDE, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM, 1997. 878.
- LIGUORI, Ana Luisa. "Las investigaciones sobre bisexualidad en México". *Debate feminista* 11.6 (1995): 132-156.
- MACMAHON, P. M. Goodwin y G. Stringer. "Sexual Violence and Reproductive Health". *Maternal Child Health Journal* 4.2 (2000): 121-124.
- MONTAÑO YÁÑEZ, María Liliana. "Problemática de violencia, género y sexualidad entre los y las estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo". (Tesis inédita de maestría). México: Colegio de Postgraduados, 2006.
- OLAVARRÍA, José. "Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina", en Gloria Careaga y Salvador Cruz (coords.). *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: UNAM (Programa Universitario de Estudios de Género), 2006. 115-130.
- PACHECO-SÁNCHEZ, Carlos Iván, Liz Johanna Rincón-Suárez, Eberto Elías Guevara, Catalina Latorre-Santos, Carolina Enriquez-Guerrero y José Miguel Nieto-Olivar. "Significaciones de la sexualidad y salud reproductiva en adolescentes de Bogotá". *Salud Pública de México* 49.1 (2007): 45-51.
- RODRÍGUEZ, Gabriela y Benno de Keijzer. *La noche se hizo para los hombres. Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinas y campesinos*. México: Edamex y Population Council, 2002.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Yuriria Alejandra. "La perspectiva de género: un eje básico para la comprensión de la sexualidad de los y las adolescentes". *La Ventana* 12 (2000): 112-146.
- ROSTAGNOL, Susana. "Representaciones y prácticas sobre sexualidad y métodos anticonceptivos. Hombres de sectores pobres urbanos". *IV Taller de Investigaciones Sociales sobre Salud Reproductiva y Sexualidad*. Buenos Aires: 2002.
- STERN, Claudio, Cristina Fernández-Zurita, Laura Ruth Lozano-Treviño y Fernando Reyso. "Masculinidad y salud sexual y reproductiva. Un estudio de caso con adolescentes de la ciudad de México". *Salud Pública de México* 45.1 (2003): 34-43.
- SZASZ, Ivonne. "Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.). *Sexualidades en México*. México: El Colegio de México, 1998. 11-31.
- TOLALPA ESCORCIA, Eva Patricia. "La masculinidad en el nuevo contexto cultural: un invitado ausente", en Rafael Montesinos (coord.). *Masculinidades emergentes*. México: Porrúa y Universidad Autónoma Metropolitana, 2005. 181-218.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Verónica y María Eugenia Chávez Arellano. "'Las mujeres son más peligrosas mediante la palabra': percepciones sobre el chisme entre estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo". *Agricultura, Sociedad y Desarrollo* 3.2 (2006): 107-137.
- VELÁZQUEZ, Susana. *Violencias cotidianas, violencias de género. Escuchar, comprender, ayudar*. Argentina: Paidós, 2004. 334.
- VILLASEÑOR-FARIAS, Marta y Jorge Castañeda-Torres. "Masculinidad, sexualidad, poder y vio-

lencia. Análisis de significados en adolescentes". *Salud Pública de México* 45.1 (2003): 44-57.

WEEKS, Jeffrey. "La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (coords.). *Sexualidades en México*. México: Colegio de México, 1998. 199-221.